

**LAS CIUDADES DE LA NUEVA GRANADA:  
TEATRO Y OBJETO DE LOS CONFLICTOS  
DE LA MEMORIA POLÍTICA  
(1810-1830)**

**Georges Lomné**

*Universidad de Marne-la-Vallée*

*Miembro del GDR 994 (CNRS-Paris I—Sorbona)*

A nuestro parecer, la ciudad colonial fue planeada como si se tratara de un teatro cuya única finalidad hubiera sido la de conmemorar el vasallaje de la Ciudad a los dos poderes de la Conquista. Diminuto resulta, en realidad, el artificio de la metáfora en cuanto la Plaza y sus calles contiguas se asimilan a un auténtico escenario donde se verificaron “ceremonias de la información”.<sup>1</sup> Estas, periódicas u ocasionales, consideran a los vecinos como otros tantos actores y espectadores de una dramaturgia que sella el pacto explícito de su adhesión al estandarte de la Fe y al pendón real. Añadamos que durante el intervalo de tiempo que separa esas manifestaciones rituales, ciertos símbolos arquitectónicos (calvarios, escudos de armas o picotas), colocados en un itinerario determinado de lugares, constituyen, en el sentido del *ars memorativa* clásico, unas “imágenes sobresalientes”<sup>2</sup> que refrescan en la mente de quienes las contemplan la memoria de la Pasión de Cristo, la de la Gloria del Príncipe o de su justicia ejemplar...

---

<sup>1</sup> Michèle Fogel, *Les cérémonies de l'information dans la France du XVIe au XVIIIe siècle* (Paris: Fayard, 1989).

<sup>2</sup> Frances Yates, en su destacada obra *L'art de la mémoire* (Paris: Gallimard, 1975; trad. de la edición original de 1966) cita la *Institutio oratoria*, XI, II, 17-22 de Quintiliano: “Dice Cícero que ‘utilizamos los lugares como cera y las imágenes como letras’. Mejor vale citar sus propias palabras: ‘Hace falta servirse de numerosos lugares, dignos de notar, bien distintos pero sin embargo no muy alejados unos de otros, emplear imágenes sobresalientes, de aristas agudas, características, que puedan presentarse de inmediato e impresionar enseguida nuestro espíritu’”. *L'art de la mémoire* 35.

A fines del siglo XVIII, sigue apareciendo todavía el espectáculo urbano del Virreinato de la Nueva Granada como el vector privilegiado de la memoria institucional; síntoma, si lo fue, del sensible atraso que padeció el desarrollo del escrito en comparación con otras regiones de América. La apoteosis de Carlos IV en 1789, así como el entusiasmo demostrado al aclamarse a Fernando VII en 1808, se fundaron esencialmente en la perfecta orquestación del “recurso visual”<sup>3</sup> merced a un dispositivo de memoria comprobado.<sup>4</sup>

De ahí se entiende mejor la importancia atribuida al interés de su apropiación por los diferentes actores políticos que intervinieron durante la Revolución de Independencia. Este combate, cuya meta era imponer una memoria unívoca, es lo que importa esbozar en primer lugar. Luego, convendrá enfocar las modalidades según las cuales la “Gran Nación” colombiana utilizó el escenario urbano con el objeto de perpetuar el recuerdo de su victoria tanto política como militar. Por último, nos tocará examinar los límites correlativos a la intrusión de una memoria oficial en el ámbito de lo imaginario urbano.

## **I. EL COMBATE PARA EL RECONOCIMIENTO DE UNA MEMORIA UNÍVOCA**

### **1. *Damnatio memoriae***

El vencido, condenado al olvido mediante la supresión de los signos que pudiesen propiciar su recordación es uno de los tópicos de la cultura clásica en la cual las élites se hallaban inmersas. Por eso la represión de las distintas “insurgencias” que brotan en la segunda mitad del siglo XVIII, así como el destino reservado a las “conspiraciones” de fines del siglo, dan siempre

---

<sup>3</sup> José Antonio Maravall, *La cultura del Barroco*, 3ª ed. (Barcelona: Ariel, 1983). Véase las págs. 501-504 dedicadas a los “objetivos sociopolíticos del empleo de medios visuales”, propios de la cultura barroca.

<sup>4</sup> Ya disponemos sobre el tema de la obra pionera de Carole Leal Curiel, *El discurso de la fidelidad; construcción social del espacio como símbolo del poder regio (Venezuela, Siglo XVIII)* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1990).

lugar a una verdadera *damnatio memoriae*, tal como debían practicarla los Antiguos. Las primeras Juntas independentistas actuaron de igual manera con respecto a las autoridades peninsulares que querían fustigar. El auto de fe de las *camas de tormento*, que los “antiguos tiranos conservaban para martirizarnos”,<sup>5</sup> hecho en Bogotá en agosto de 1811, y la voluntad manifiesta de “reducir al silencio” las tablillas fijadas en el atrio de la Catedral de Cartagena con la lista de los condenados por la Inquisición,<sup>6</sup> indican claramente el deseo de aniquilar los signos de la opresión adversa. A esa urgencia inicial sucedió la necesidad de hacer una sustitución en el signo político. ¡Qué relevante es el ejemplo bogotano en dicho caso! José María Caballero nos relata en su *Diario de la Patria Boba* los detalles de la guerra de los signos declarada el 18 de julio de 1813 por el destrozo nocturno del árbol de la Libertad que adornaba la Plaza. El movimiento perduró varios meses al ritmo del martilleo de las armas reales y de las degradaciones de las banderas monárquicas, las cuales estaban amputadas de dicho signo o recortadas en tiras tras haber anulado ritualmente su consagración.<sup>7</sup>

Sin embargo, cuando el cuerpo expedicionario de Morillo tomó de nuevo la ciudad en 1816, muchos emblemas reaparecieron, extraídos de las tablas o de la tierra con que habían sido encubiertos.<sup>8</sup> El reingreso del signo monárquico en la Ciudad se hizo de concierto con el empeño de borrar la Revolución a un mayor nivel simbólico, enviando al suplicio a sus más ardientes protagonistas. Así fue como, propenso a emprender un acto de alcance ejemplar, el Pacificador Morillo decidió mandar a muerte conjun-

---

<sup>5</sup> *La Bogatela* 6 (18 ago. 1811), ed. facsímil (Bogotá: Academia Nacional de la Historia, 1966) 24.

<sup>6</sup> Eduardo Lemaitre, *Historia General de Cartagena*, vol. 3 (Bogotá: Banco de la República, 1983) 36.

<sup>7</sup> José María Caballero, *Diario de la Patria Boba* (Bogotá: ed. Incunables, 1986) 138-51.

<sup>8</sup> *La Indicación* 2 (3 ago. 1822, Biblioteca Nacional de Colombia [en adelante BNC]), *Fondo Quijano*, vol. 248.

tamente el 5 de octubre del mismo año a Camilo Torres, el autor del *Memorial de Agravios* y al Conde de Casa Valencia por haber roto su escudo de piedra —hecho conocido— para prevalerse del título de ciudadano!<sup>9</sup> A Camilo Torres le apuntaron a la cabeza en razón de la infamia que se le imputaba y con el propósito de desarraigar de la memoria de los hombres el recuerdo de su rostro ...<sup>10</sup> El banquillo y la horca parecen llegar al paroxismo de su eficacia en julio de 1819, cuando, al anuncio de la llegada de Bolívar, Sámano manda alzarlos como “advertencia muda”<sup>11</sup> sin que juzgue necesario, aparentemente, el sacrificio de un condenado. Al asesinato de los depositarios de su memoria, los Patriotas replican a veces por la condenación metafórica del Rey a través de su imagen pintada. En noviembre de 1819, los miembros de la municipalidad de Mariquita votan para decidir el destino que conviene darle: gran número de ellos opta a favor de la horca seguida de un auto de fe. Mencionemos que nueve de los votantes reclaman que las cenizas del busto real sean esparcidas ...<sup>12</sup>

La condena de la memoria adversa pasó también por la prohibición o el desvío de los rituales cívicos encargados de mantenerla. La interdicción formal de la procesión de la bandera real proviene, sin embargo, de las Cortes de Cádiz, que la impusieron antes que muchas Juntas americanas: “1. Queda abolido desde ahora el paseo del Estandarte Real, que acostumbraba hacerse anualmente en las ciudades de América, como un testimonio de lealtad, y un monumento de la conquista de aquellos países . . . ”<sup>13</sup>

---

<sup>9</sup> Pedro M. Ibáñez, *Crónicas de Bogotá*, 3ª ed., vol. 3 (Bogotá: Academia de Historia y Tercer Mundo, 1989) 294-303.

<sup>10</sup> La cabeza de Camilo Torres fue ostentada, después, en una de las entradas de la ciudad durante unos diez días.

<sup>11</sup> Vowell, *Campaigns et croisières* (Paris: Aux salons littéraires, 1837) 180.

<sup>12</sup> Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), *Sección República, Fondo Historia Civil*, tom. VII, fol. 118-22.

<sup>13</sup> “Decreto del 7 de enero de 1812”, transcripción, *Revista del Archivo Nacional* 19 (ago. 1938): 78-79.

Podemos imaginarnos la confusión creada por dicha medida en la mente de los criollos locales. De igual manera los bogotanos acordaron, dos años más tarde, desbautizar la fiesta de la fundación de su ciudad tradicionalmente celebrada el 6 de agosto: en lugar de “fiesta de la Conquista” la llamaron “fiesta de la Religión”. La lectura del *Catecismo o Instrucción Popular* del Doctor Juan Fernández de Sotomayor, que expresaba la idea según la cual “La conquista no es otra cosa que el derecho que da la fuerza contra el débil, como el que tiene un ladrón que con mano armada y sin otro antecedente que el de quitar lo ajeno, acomete á su legítimo dueño, que ó no se resiste ó le opone una resistencia débil”,<sup>14</sup> tal vez les indujo a esa resolución según se anotó recientemente.<sup>15</sup> Eso explicaría en parte que dicha obra fue una de las principales víctimas del auto de fe presidido por Santiago Torres y Peña, comisario principal de la Inquisición, en la Plaza de Santafé en septiembre de 1816.<sup>16</sup>

## 2. La ambición compartida del “hacer creer”

Reducir el enemigo al olvido resultaría muy ilusorio a no ser que se dispusiese del corolario de una palabra política presuntamente convencedora. Si queda por escribir una historia de los lugares y ritos de publicación de los carteles, en cambio existen más datos respecto a la aparición de los pasquines debido al temor que inspiran. Así pues, el 28 de septiembre de 1809, el Virrey Amar intenta contrarrestar la difusión de los escritos subversivos que afecta la capital. En la proclamación que hace pregonar antes de que sea propagada por carteles en los “lugares públicos” —eso

---

<sup>14</sup> Publicado in extenso por Javier Ocampo López, *El proceso ideológico de la emancipación en Colombia*, 3a. ed. (Bogotá: Tercer Mundo, 1983) 450-69.

<sup>15</sup> Defiende esta tesis Gonzalo Hernández de Alba en *Los árboles de la Libertad* (Bogotá: Ed. Planeta, 1989) 171-73. Acerca del acontecimiento mismo, véase Caballero, *Diario* 162.

<sup>16</sup> Ibáñez, *Crónicas de Bogotá*, vol. 3, 293.

es el signo tradicional que confiere su legitimidad al bando por escrito—condena los papeles sediciosos cuyo tema se relaciona con las “occurencias de Quito” y los “progresos en la Europa de la detestable Nación francesa y del pérfido Napoleón”.<sup>17</sup> Las Juntas independentistas desconfían otro tanto de una libertad de expresión cuyo corpus de normas éticas les fue proporcionado por Bentham.<sup>18</sup> Es de notar que al tope de la “guerra a muerte” la probidad pública se desvanece y, a menudo, la palabra política se reduce a su mínima expresión: el anatema y la proclamación triunfalista. El primero puede ser solemne, tal y como Sámano lo pronuncia a la intención del Libertador en la *Gaceta* del 19 de septiembre de 1816:

La memoria de Simón Bolívar debe oscurecer la de todos los monstruos que han manchado los anales del mundo; ella inspirará horror a las generaciones futuras; su nombre será tomado por la más terrible injuria, y servirá de espanto aun a los mayores malvados;<sup>19</sup>

o más confidencial, como esos jeroglíficos dibujados con carbón por los Patriotas en la antesala de la muerte.<sup>20</sup>

La segunda forma a veces provoca sonrisa, como por ejemplo la divisa que, según dice Caicedo Rojas, ornaba el comedor de la Quinta de Portocarrero: “Amar es mi delicia”; muy pronto cambiada, según añade el mismo, por la de: “Bolívar es el dios de Colombia”.<sup>21</sup>

---

<sup>17</sup> *Boletín de Historia y Antigüedades* 22 (1904): 639-40.

<sup>18</sup> Nariño dedica todo el número 23 de *La Bagatela* (1 dic. 1811) a la traducción —por Blanco White— de un texto de Bentham que trata de la libertad de prensa.

<sup>19</sup> *Gaceta* 15 (18 sep. 1816). Citada por Ibáñez, *Crónicas*, vol. 3, 288.

<sup>20</sup> El más famoso entre ellos se atribuye a Caldas: habría pintado una O cruzada en la escalera del Colegio del Rosario en Bogotá mientras era conducido al suplicio. En 1886, Antonio José Restrepo señaló que quizás se trataba del “theta” utilizado por los jueces del Areópago de Atenas para significar que votaban la muerte (thanatos) del condenado. Véase nuevamente Ibáñez, 315-16.

<sup>21</sup> Caicedo Rojas, “Cristina”, *El Repertorio Colombiano* 5 (sep. 1880). Tesis aceptada por Eduardo Posada en un artículo de 1900, publicado de nuevo en *Revista Bolivariana* (Bogotá) 29-30 (7 sept. 1938).

No obstante, ¿no bastaría la traza escrita para hacer creer a unos ciudadanos acostumbrados al recurso de la “mediación por lo sensible” que les facilita el atuendo del rito cívico? La celebración de las victorias militares brinda la oportunidad de unir la seducción de una palabra política maximalista a ese poder de convicción más tradicional. Los sermones pronunciados con motivo de estas acciones de gracias constituyen el mejor reflejo de este injerto controlado; a veces repercuten también el eco de su fragilidad.<sup>22</sup> Pero el caso de figura que merece especial atención es el de las Entradas triunfales a propósito de las cuales puede aseverarse que desempeñan el papel privilegiado de “imagen sobresaliente” de la evolución del destino de las armas y de los cambios políticos consiguientes. La Entrada de Bolívar en Bogotá, el 18 de septiembre de 1819, cancela la que hizo Morillo tres años antes y clausura así ritualmente la época de los años negros de la Pacificación, abriendo la de la Regeneración. Estas manifestaciones, al impresionar los espíritus con suma intensidad, anclan el sentimiento de la ruptura en la memoria colectiva y merecen el título de acontecimientos fundadores, por lo menos en el plano local. De esta situación los actores tienen plena conciencia: Morillo acampa largo tiempo en las afueras de la ciudad antes de entrar en ella de noche, en vísperas de San Fernando, rechazando los numerosos honores preparados a su intención con el objeto de mostrar mejor la severidad de la “Ley de Conquista” que se propone cumplir;<sup>23</sup> mientras que el Libertador, entrando a toda prisa en una ciudad alelada por el anuncio de la victoria de Boyacá, acepta los fastos de una Entrada solemne cuyos preparativos tardaron cinco semanas.<sup>24</sup>

Por más que tales escenificaciones señalan con eficacia la llegada de una nueva memoria oficial, es patente que no constituyen en nada una garantía de su mantenimiento. De igual manera, ¿no sería la memoria tributaria de

---

<sup>22</sup> BNC, *Fondo Pineda*, vol. 39 y 47; *Fondo Quijano*, vol. 320.

<sup>23</sup> Caballero 218-19; Vowell 189.

<sup>24</sup> *Gaceta de Santafé de Bogotá* 12 (17 oct. 1819): 45-52; BNC, *Fondo Pineda*, vol. 883.

las rememoraciones o, más precisamente aquí, de unos ritos que orquestan un recuerdo manejado? Según parece, el virrey Montalvo comprendió rápidamente esta lógica dualista: en marzo de 1817 mandó a Santafé el Sello Real para que éste pudiera hacer en ella una entrada triunfal que augurase el restablecimiento del ritual regular de su adoración.<sup>25</sup> Pero la legitimación política no podía ejercerse a fondo sino por el cauce de la apropiación total de la red capilar de las cofradías cuyos ritos riegan la memoria urbana. En este terreno es donde se observa entre los adversarios la más hermosa *coincidentia oppositorum*.

### 3. Memorias disputadas

Otro ejemplo en Santafé: es obvio que el Convento de San Agustín —que tradicionalmente tiene a su cargo el culto del Nazareno— es uno de los más activos en sostener la Junta contra los Federalistas de Tunja en enero de 1813; así es como el triunfo de Nariño sobre Baraya se atribuye en gran parte al amparo de la Santa Imagen. Celebrada en consecuencia, es ella la que sustituye luego las Armas del Rey. Adorna escarapelas y banderas tricolores. Al año siguiente Jesús sale al combate contra Bolívar como un verdadero “Generalísimo”.<sup>26</sup> los defensores de la Plaza claman su nombre a cada disparo de artillería dirigido contra las tropas de la Unión.<sup>27</sup> Morillo no perdona al clero bogotano el haber puesto de tal manera la “cifra de Jesús” al servicio de la insurgencia y los dos principales autores de esta apropiación del signo, los canónigos Juan Bautista Pey y

---

<sup>25</sup> Sámano informó de ello a los miembros del Cabildo por un oficio fechado del 4 de marzo de 1817. *Papel Periódico Ilustrado* [Bogotá] 15 (1882): 239-42, en el tomo I de la ed. facsimil (Cali: Carvajal, 1976). Caballero menciona esta Entrada con fecha del 27 de marzo: *Diario de la Patria Boba*, 238-39.

<sup>26</sup> Caballero 159.

<sup>27</sup> D. F. O’Leary, *Narración*, vol. I (Caracas: Imprenta Nacional, 1952) 257-58.

Domingo Duquesne, son condenados a destierro en septiembre de 1816 por el ejecutante del Pacificador en materias eclesiásticas, el vicario Luis de Villabrille.<sup>28</sup>

Entre los “Escudos de la fe española”, según la frase de Torres y Peña,<sup>29</sup> existe un segundo estandarte que nada cede en importancia al que acabamos de evocar: la imagen mariana. Disponemos de escasa información acerca del interés simbólico que ha podido representar en Cartagena la Virgen de la Popa. Hay que confesarlo, resulta muy difícil distinguir este último del interés exclusivamente estratégico que ofrece el lugar elevado del santuario. En la primavera de 1815, Bolívar se instala en dicho sitio con sus tropas a fin de explorar la ciudad que está asediando, mientras que, al contrario, Bermúdez se encierra allí a partir del verano siguiente para defenderlo con mayor eficacia frente a Morillo. Ninguno de ellos reconoce explícitamente el querer atraer para sí la protección divina.<sup>30</sup> La amplitud de la devoción hacia las diferentes advocaciones de la Virgen veneradas en Bogotá es motivo de cierta sorpresa por contraste. A partir de 1816 los Monarquistas vuelven a apoderarse del beneficio del conjunto de esos patrocinios excepto del de la Virgen de la “Peña”, demasiado comprometido con la causa independentista, cuyo culto dejan decaer.<sup>31</sup> Sin embargo, la imagen de la Virgen de Chiquinquirá es la que despierta más pasiones. El 5 de mayo de 1816, el General Manuel Serviez, que huye ante las tropas

---

<sup>28</sup> Los menciona Caballero como oficiantes del culto al Nazareno, *Diario* 120 y 151. Acerca de las circunstancias de su exilio véase José Restrepo Posada, “Cabildo Eclesiástico”, *Arquidiócesis de Bogotá* 4 (1971): 118-20 y 134-35. También hace falta mencionar como propagandistas de la vinculación de este culto a la Causa de la Independencia al capellán de la Cofradía, al Padre Agustín Rosas, y al Padre Florido. Es de notar que ambos presidieron el juramento que prestó Nariño a la bandera de Cundinamarca el 31 de agosto de 1813 en la Iglesia de San Agustín.

<sup>29</sup> José Antonio Torres y Peña, “Santafé cautiva”, *La Patria Boba* (Bogotá: Academia Nacional de la Historia, 1902) 308.

<sup>30</sup> Lemaitre, vol. 3, 127-50.

<sup>31</sup> Rubén Vargas Ugarte, *Historia del culto de María en Ibero-América y de sus imágenes y santuarios más celebrados*, 3ª ed., vol. 1 (Madrid: Talleres Gráficos Jura) 368-69.

realistas después de la derrota de Cachirí, entra en la capital con la reliquia, a propósito de la cual Caballero dice con acierto que representa “nada menos que el Arca del Testamento de la Nueva Granada”.<sup>32</sup> La mayoría de las fuentes le atribuyen a ese francés agnóstico el deseo de iniciar un reflejo patriótico entre los bogotanos. Pero “se equivocó, se tomó en horror lo profano y no vinieron”.<sup>33</sup> La vanguardia de Morillo que le está acosando, pronto recupera la imagen ofreciéndole una Entrada grandiosa, escoltada por más de ochocientos soldados y por todas las órdenes religiosas colocadas en procesión según su rango de antigüedad. Al mes siguiente, se le dedican tres ceremonias en la iglesia de los Dominicos para manifestar su adhesión incondicional a la causa del Rey.<sup>34</sup>

La intensidad de la devoción que comparten Patriotas y Monarquistas a favor del registro combatiente de las advocaciones del “Cordero de Dios” así como de la Virgen, en una época tan perturbada, induce a plantear la pregunta de una eventual espera escatológica. ¿No será lo que evoca, de paso, José María Espinosa, en sus *Memorias de un abanderado* al relatar que en 1810, en Santafé, los pocos letrados de sus relaciones, por lo demás muy entrados en años, se complacen en especular sobre el tema del Anticristo Napoleón Primero?<sup>35</sup> La Patria Boba, tal como sus adversarios,

---

<sup>32</sup> Caballero 215.

<sup>33</sup> Gaspard Théodore Mollien, *Voyage dans la République de Colombia en 1823*, vol. 1 (Paris: A. Bertrand, 1824) 324.

<sup>34</sup> Caballero 216-23.

<sup>35</sup> José-María Espinosa, *Memorias de un abanderado* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1942) 5. Semejante opinión había sido preparada desde el otoño de 1808 tanto por el *Redactor Americano* como por una serie de sermones famosos: los de José Antonio Torres y Peña, con fecha del 12 de septiembre y 30 de noviembre, y también el que pronunció Rafael Lasso de la Vega, el 22 de noviembre, con motivo de la misa de Acción de Gracias en honor a los primeros éxitos militares españoles sobre Francia. Aparece en aquellos escritos, en tanto que leitmotiv, la mención del signo celeste (una palma coronada entre un arco iris) observado en Zaragoza a mediados del mes de mayo. El segundo orador no vacila en interpretarlo como el respaldo de la Virgen del Pilar en afirmar que forman “todas las Españas, y las Américas un solo cuerpo, un solo rebaño y una sola Iglesia, ya que tenemos el timbre por antonomasia de Católicos”, frente a un Emperador de los franceses totalmente diabolizado.

sigue haciendo alarde de su odio acerca de lo que representa. He aquí, por fin, un objeto de memoria más compartido que disputado, lo que quizás explica la poca prisa en celebrar formalmente los mártires del “Dos de mayo” antes que las Cortes decidan fijar el rito anual mediante un decreto del 24 de abril de 1820.<sup>36</sup> Pero, en dicha fecha, el beneficio que se espera sacar en el plan político resulta muy reducido y de todos modos ya no concierne más al nuevo Estado colombiano que proyecta establecer un dispositivo de memoria que le sea propio.

## II. EL ESPECTÁCULO DE LA NACIÓN VICTORIOSA

### 1. El llamamiento a la virtud civil

La victoria de Boyacá significa la intrusión en el escenario urbano neogranadino de la geometría política radical forjada en Angostura el año anterior. En primer lugar, para los vencedores se trata de exacerbar este sentimiento, que participa del espíritu del tiempo, de la necesaria “reconstitución de una nueva inocencia, la regeneración de un nuevo Adán”.<sup>37</sup> De este modo, la invención de un pueblo de ciudadanos supone la previa elección de un pueblo de referencia equiparable, que no constituya una “mera figura retórica” como parece serlo la referencia indígena bajo la pluma del Libertador.<sup>38</sup> En este concepto, la recuperación por Santafé de su denominación precolombina de Bogotá<sup>39</sup> o la circulación de la moneda llamada de “la India” no hacen mucha ilusión. Son alegorías de

---

<sup>36</sup> Archivo Nacional de Historia del Ecuador (en adelante ANHE), *Serie Presidencia*, vol. 573, doc. 161, fol. 180.

<sup>37</sup> Mona Ozouf, *L'homme régénéré* (Paris: Gallimard, 1989) 118.

<sup>38</sup> Henri Favre, “Bolívar et les Indiens”, *Cahier de l'Herne* (Paris, 1983), número dedicado a Bolívar.

<sup>39</sup> Artículo 5 de la Ley Fundamental del Congreso de Angostura. Este cambio de nombre dio lugar a una violenta polémica en la prensa de la capital: algunos vieron en ello una voluntad de descristianización.

ficción al igual que las “Indias-Libertad” puestas en escena por las primeras Juntas insurreccionales.<sup>40</sup> La afición comprobada de Bolívar a la pieza patriótica *Guatemocín* no debe causar tampoco un error de paralelismo. El interés que presenta esta “tragedia” según la propia denominación de su autor, José Fernández Madrid, es el de permitir la transposición de las categorías de la Ciudad antigua.<sup>41</sup> El disfraz americano se reduce entonces, en muchos casos, a los atributos de un vestuario de pacotilla, “a imitación de nuestros antiguos padres los indígenas”<sup>42</sup> que visten los personajes durante los actos cívicos al aire libre.

Es cierto que Bolívar, tal como Robespierre en su tiempo, deseaba erigir en principio supremo “la idea de un Pueblo que no se contenta con ser Libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso”; la “fuente de virtud” se nutre de “tres manantiales” designados con claridad: Atenas, Roma y Esparta.<sup>43</sup> La Regeneración parece reducirse a costa de dicha adecuación para quienes han pasado “al través de los siglos como los ciegos por entre los colores”.<sup>44</sup> Ahora, las ciudades de Colombia están engalanadas con la “bandera del arco iris” y las tinieblas, metafóricamente, ceden ante la

---

<sup>40</sup> A propósito del desmoronamiento de la figura de la “India”, véase Hans J. König, “Símbolos nacionales y retórica política en la Independencia: el caso de la Nueva Granada”, *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*, Coloquio de Bonn (Bonn: ed. Inter Naciones, 1984) 389-407.

<sup>41</sup> Carlos José Reyes Posada, “El teatro colombiano en el siglo XIX”, *Boletín de Historia y Antigüedades* [Academia Colombiana de la Historia] 748 (1985).

<sup>42</sup> “Festejos en honor del Libertador en la parroquia de San Pedro, 1829”, AHN, *Sección República, Fondo Historia Civil*, tom. 5, fol. 536-540. Nos cuenta Vowell que, en ocasión de la unión de Venezuela con Cundinamarca, celebrada en Bogotá del 13 al 15 de febrero de 1820, hicieron desfilar un carro en el cual “estaba de pie un joven indio que llevaba una diadema de cartón pintada con los colores más brillantes y se veía sobrecargado de plumas, de un manto grano y del cetro de los Incas. Lo escoltaba una tropa de sus compatriotas armados de arcos y flechas que cantaban unos versos de una canción nacional que aludía a Mohtenzuma (sic) y al descubrimiento de la América del Sur.” *Campagnes et croisières* 192-93.

<sup>43</sup> Simón Bolívar, “Discurso de Angostura”, *Escritos del Libertador*, vol. 15 (Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela) 29.

<sup>44</sup> Bolívar, “Al Señor Editor de *The Royal Gazette*” (28 sep. 1815), *Escritos* vol. 8, 250.

“irrupción del día”.<sup>45</sup> La celebración de esa Epifanía toma muy naturalmente una parte preponderante entre los actos cívicos de la nueva República,<sup>46</sup> y a sus mártires locales se les concede el honor de figurar al lado de los venezolanos en el “gran quadro de los sacrificios hechos sobre el Altar de la Libertad”.<sup>47</sup> Desde 1820, la conmemoración del 20 de Julio llegó a ser una de las oportunidades privilegiadas para ello.

José Manuel Groot es testigo del esplendor excepcional que reviste aquel año, en Funza, el aniversario resucitado de la transformación política de 1810: José María Domínguez Roche, jefe político y militar del sitio, estrena en honor al Vicepresidente Santander una tragedia de contenido patriótico, *La Pola*, cuya representación “fue patética, porque hubo sollozos y lágrimas con maldiciones al viejo Sámano”.<sup>48</sup> Al año siguiente, el tono de los regocijos es muy diferente, ya que el Ejecutivo aprovecha la fecha del 20 de Julio para celebrar la reciente victoria de Carabobo y asistimos a una verdadera sustitución del sentido de la conmemoración: Bolívar y el ejército resultan los verdaderos héroes.<sup>49</sup> En 1822, vuelve a ser desviada la significación con motivo del anuncio de la victoria del Pichincha.<sup>50</sup> Desde luego ya no se presta el momento a la celebración de las virtudes civiles de la Patria Boba. Que lo atestigüe el creciente desdén con que se

---

<sup>45</sup> Esta metáfora era de uso común en la época. Uno de los delitos atribuidos a Nariño por el Virrey, en el otoño de 1809, ¿no es precisamente lo de poseer un lienzo donde “se deja ver un horizonte y un sol que nace; alrededor de este astro se lee esta inscripción ...: *Tempora, temporibus, succedunt*”? Amar y Borbón no se equivoca respecto de la naturaleza del delito... cuando el *Diario político de Santafé*, que narra el episodio, en su número 12 del 2 de octubre de 1810, se extraña —¿con fingida ingenuidad?— de que se pudiese acusar al Patricio de un gusto tan “inocente”. Véase *El periodismo en la Nueva Granada (1810-1811)* (Bogotá: ed. Kelly, 1960) 106.

<sup>46</sup> Georges Lomné, “La Revolución francesa y la simbólica de los ritos bolivarianos”, *Historia Crítica* 5 (ene.-jul. 1991): 3-17.

<sup>47</sup> “Discurso de Angostura”, Bolívar, vol. 15, 32.

<sup>48</sup> José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada* 2a. ed., vol. 4 (Bogotá: Casa editorial de M. Rivas, 1893) 105.

<sup>49</sup> Ibáñez, *Crónicas*, vol. 4, 244-48.

<sup>50</sup> *La Indicación* 1 (24 jul. 1822), BNC, *Fondo Quijano*, vol. 248.

mira a Nariño, ese patricio de otros tiempos que es llevado al sepulcro, en 1824, privado de las honras fúnebres y de la consideración que se merecía.<sup>51</sup>

## 2. La dimensión creciente de la conmemoración militar

Según parece, es por esa misma razón que la conmemoración del 7 de Agosto reviste de entrada un fasto que supera el del 20 de Julio. La celebración del aniversario de la victoria de Boyacá dura cuatro días enteros y su arreglo muy minucioso, establecido de hecho por el mismo Vicepresidente, contrasta con el carácter más antojadizo de su rival. El 7 de Agosto por la mañana, salvas de artillería marcan el repique general de las campanas con el fin de magnificar la “irrupción del día”. Celébranse luego una misa de acción de gracias y un solemne Te Deum antes de un banquete y corridas de toros ofrecidos por la tarde. El día siguiente pertenece en propio a los militares, por lo menos en la capital: Santander festeja con la tropa y animado por el ardor de tal compañía, comanda en persona un simulacro de batalla en campo raso, que a veces termina con heridos graves.<sup>52</sup> El tercer día está consagrado a una actividad ecuestre más pacífica: el desfile de las notabilidades civiles y militares. El cuarto y último día está dedicado a la glorificación del recuerdo de la entrada del Libertador en la ciudad; esto permite reavivar el patriotismo de ciudadanos enteramente entregados al alboroto de la mascarada. Así queda en claro, a través del ejemplo bogotano, que si cada uno de los actores urbanos ocupa el escenario urbano por turno, la precedencia parece sin duda colocar al ejército inmediatamente después de Dios. Añadamos que el estudio del

---

<sup>51</sup> Cfr. el famoso testimonio de Cochrane en su *Journal of a Residence and Travels in Colombia, During the Years 1823 and 1824* acerca del regreso de Nariño a la vida política en 1823.

<sup>52</sup> J. P. Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Columbia*, vol. 1 (London: J. Murray, 1827) 216-24. Para disponer de un panorama más completo de esta conmemoración véase muy especialmente *La Gaceta de Santafé de Bogotá* y la *Gaceta de la ciudad de Bogotá* que la continuó. BNC, *Fondo Pineda*, vol. 883; y *Fondo Quijano*, vol. 243.

modo en que se celebra la victoria de Ayacucho en 1825, en la capital o en otra parte<sup>53</sup>, no hace más que reforzar esa convicción. Además, es interesante observar que Santander, al permutar su sable por el bastón de legislador, parece desconfiar de tal evolución y procurar reducir el brillo del 7 de Agosto durante su segunda Presidencia.<sup>54</sup>

Considera, en efecto, que en el firmamento de los héroes, la estrella de Bolívar no podría eclipsar las de un panteón en gestación. Ricaurte, por ejemplo, recibió muy pronto los honores de la escena urbana: desde 1815 el *Monólogo* que relata su gesta sirve la pedagogía cívica de los Federalistas y uno recuerda el comentario cínico de Caballero después de la función: “Antonio Ricaurte, el que se sentó en un baúl de pólvora y le pegó fuego por no ser cogido por los godos, por el lado de Caracas . . . ¡Admirable valor!, pero no para imitarlo”.<sup>55</sup>

En 1829 sigue representándose ese texto en una parroquia antioqueña, pero esta vez la intención del testimonio da menos motivo a equivocación:

El Pueblo inflamado del regocijo que podía concebir creía ver reproducido el Héroe Bogotano que de este modo tan honroso salvó su Patria de los tiranos, eligiendo la muerte que ofreció en olocausto sobre las Aras de la independencia”.<sup>56</sup>

El héroe de San Mateo encarna, pues, la virtud militar de la valentía, mientras que *La Pola* simboliza el estoicismo de la resistencia civil al ocupante.

---

<sup>53</sup> El AHN posee varias relaciones detalladas de esta celebración. Citemos por ejemplo la de Mariquita, en febrero de 1825: *Sección República, Fondo Historia Civil*, tom. 7, fol. 72-74; y la de Tunja, en junio de 1825, tom. 6, fol. 866-871.

<sup>54</sup> *Historia de Bogotá*, vol. 2 (Bogotá: Fundación Misión Colombia, 1988) 89.

<sup>55</sup> Caballero, *Diario* 182-83. En aquella época, los Patriotas designan a los realistas bajo el término de “Godos” con el intento de señalar tanto su barbarie como su conservatismo. Al respecto, podía esperarse más tajante ironía de parte de Caballero: ¿A Ricaurte no le habían dado el apodo de “*El Chispero*”, en atención a su celo patriótico, en tiempos de la Revolución de Julio?

<sup>56</sup> “Festejos en honor del Libertador en la parroquia de San Pedro, 1829”.

Estos héroes, de cierta manera unos arquetipos, ceden sin embargo el paso a las grandes figuras militares cuya glorificación es más fácil por revestir un carácter personalizado y por hacerse a beneficio de los vivos. Desde este punto de vista, la desaparición precoz de Anzoátegui, el “segundo de los Libertadores”<sup>57</sup> de Bogotá, ha descartado de Santander un adversario serio en la carrera de los honores. El 22 de diciembre de 1819 le hacen funerales grandiosos al General. Al morir deja campo libre al “hombre de las leyes”, quien recibe luego sin cesar los favores de la ciudad. El 2 de abril de 1820, su aniversario da lugar a un desfile cívico donde aparece un carro triunfal poniéndole de relieve, por interpósita persona, en medio de una decena de ninfas que simbolizan las provincias bajo su mando.<sup>58</sup> En el curso de los años siguientes, los actos cívicos colocan regularmente a Bolívar en posición destacada por haber desempeñado repetidas veces, sumido en lejanas campañas militares, el papel de *Deus otiosus*. Quizás fue eso lo que Manuela Sáenz deseó condenar simbólicamente al llevar a la escena una “pantomima grotesca” en las inmediaciones de la Quinta del Libertador, el 28 de julio de 1828. La polémica mantenida a propósito del acontecimiento da idea de su gravedad: la “inspiradora del Libertador” ha hecho fusilar por un pelotón de granaderos a caballo la efigie del General Santander... La encuesta llevada por orden del Intendente de Cundinamarca, Pedro Alcántara Herrán, no llega a concluir sobre el sentido de las “ceremonias misteriosas” que adornaban el aparato escénico.<sup>59</sup> Eso es el ejemplo bastante singular de un rito expiatorio que viene a infringir el folklore político que la joven República trata de edificar.

---

<sup>57</sup> Así lo califica Groot, *Historia eclesiástica*, vol. 4, 73. Cabe recordar que a Anzoátegui lo habían colocado a la derecha de Bolívar bajo el dosel durante el triunfo del 18 de septiembre de 1819, en Bogotá, mientras que a Santander lo habían colocado a la izquierda del Libertador.

<sup>58</sup> Ibáñez, *Crónicas*, vol. 4, 149-50.

<sup>59</sup> AHN, *Sección República, Fondo Historia Civil*, tom. 4, fol. 170-175.